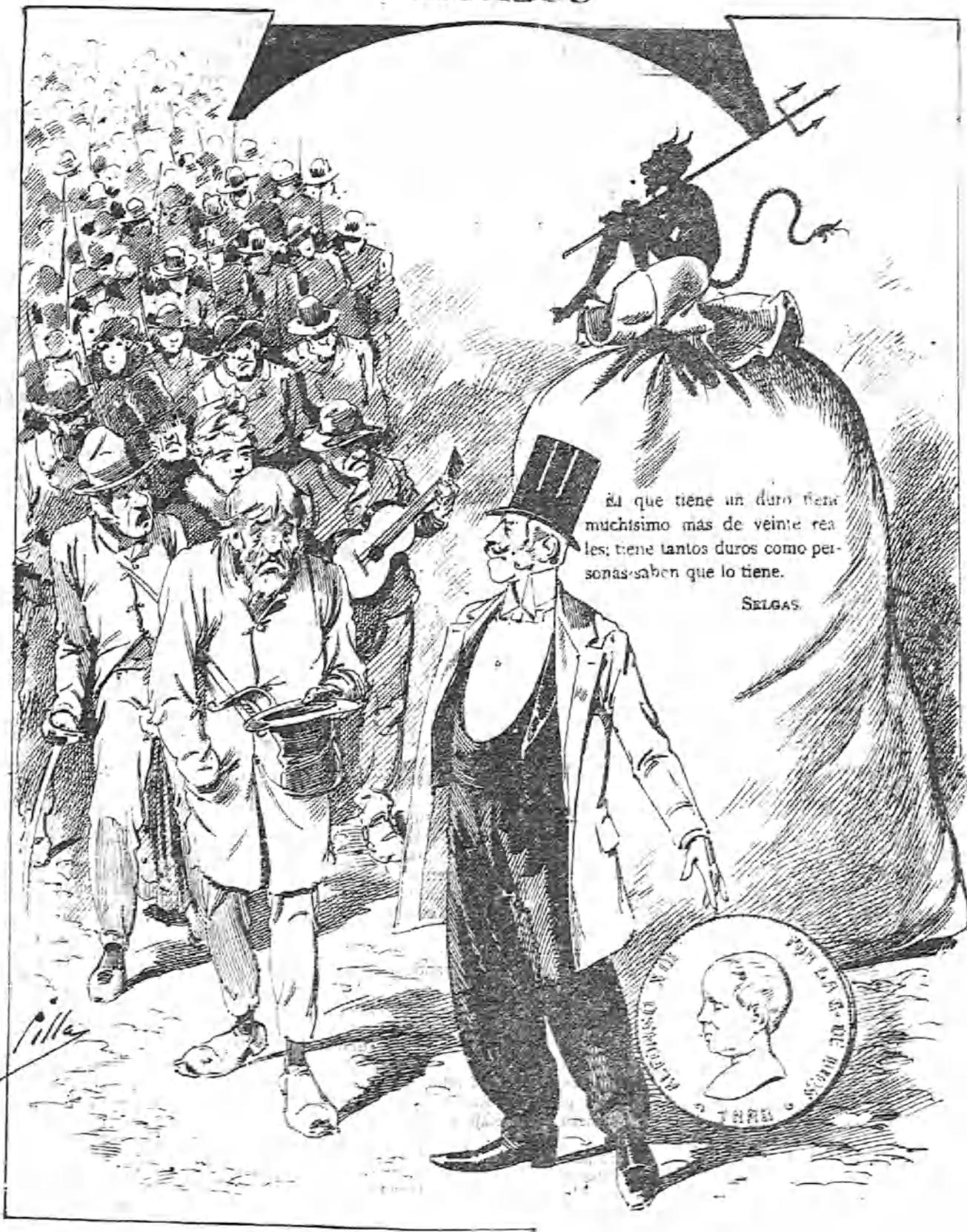




Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

RETAZOS



SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Romance caballeresco, por José Estremera.—Cantares, por Eduardo de Palacio.—De nuestro corresponsal en la corte celestial, por Mariano de Cavia.—La vuelta del molino, por Fierro Yrizar.—Poesía amorosa (pero de mala índole), por Sinisio Deigado.—Palique, por Clara.—Cuento viejo, por Antonio Mentalbán.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Retazos.—¡Al baile!—En el Rastro, por Cilla.



No ganamos para sustos.

Primero el trancazo, después la enfermedad del monarca; ahora los trastornos de Portugal, que repercuten en el corazón de los españoles, por aquello de que todos somos latinos.

Por algo les tengo yo tanta antipatía á los ingleses.

Cuando más tranquilo está uno, vienen con la cuenta y nos ponen en el caso de tener que pagársela.

¡Oh, los ingleses!

Yo tuve uno que se sentaba en la escalera para acecharme y caer encima de mí como un ciclón.

Allí se pasaba las horas muertas, unas veces leyendo los periódicos, otras haciendo solitarios, y otras recosiéndose los botones de los calzoncillos para no perder el tiempo; y en más de una ocasión se ha llevado el desayuno, consistente en dos higos secos y media rosca.

Los vecinos trapeaban con él, y sufría pacientemente los pisotones del aguador y del carbonero.

Una mañana le echaron encima una espuerta de cisco, y tuvieron que desnudarle en la portería y sacudirle después con unos zorros. Otra vez le puso un pie en el pescuezo una señora del principal, que tiene las piernas como dos garrotes y no sabe dónde pisa por falta de elasticidad en los músculos, tanto que duerme arrimada á una cómoda, porque no hay quien la doble.

El bueno del inglés lo soportaba todo con resignación, y en fuerza de verle allí, las criadas habían acabado por tomarle cariño.

—¡Hola, D. Eleuterio!

—Buenos días, joven—contestaba él.

—Haga usted el favor de correr la cabeza hacia el pasamanos, que le puedo á usted pisar sin querer.

—¡Más pisado de lo que estoy!

—¿Pero no le ha pagado á usted todavía?

—¡Quí!.

—¡Vaiiente tramposo! Pues no será por falta de dinero, que aun ayer vi á su criada en la plazuela comprando un repollo.

—¡Ya ve usted! Tiene dinero para comprar repollo, y no lo tiene para pagar una deuda sagrada como la mía.

La portera solía decirle:

—¡Pero hombre! ¿Se va usted á pasar aquí todo el invierno? Está usted estorbando. Váyase usted, que el señorito ha salido.

—No, señora—replicaba él suspirando,—me consta que está arriba.

—Sí, pero no tiene dinero ninguno.

—Sé positivamente que ayer cobró, y que estuvo tomando bicarbonato en una botica.

—Porque padecerá del estómago.

—Un hombre que tiene dinero para medicinas, bien puede pagarme.

—¿Le debe á usted mucho?

—Me debe cuatro pesetas de dos butacas que le dejé estando ausente, para una función que dimos en el Liceo Rius varios aficionados; y además rifábamos un carnero y un refajo de *crochet*, hecho por mi señora.

Tuve que acabar por darle las cuatro pesetas y dos bofetadas para verme libre de aquel hombre funesto, que andaba por ahí averiguando si yo tenía bienes raíces, y llegó hasta visitar á Capdepón para pedirle que me repusiera, á fin de echármelo encima del sueldo.

Capdepón le dijo:

—Bueno, y usted quién es?

—Yo conozco que no tengo influencia para recomendar á nadie, pero ese sujeto me debe un pico, y deseo cobrarlo.

Y Capdepón le contestó:

—Pues, hijo, llega usted tarde, porque ya no hay destinos; el último se lo llevó un chico andaluz, que es quien le lava los pies á Sagasta cuando él no tiene gusto para bajarse. Por lo demás, hubiera colocado á ese sujeto, porque basta que sea escritor público. A los escritores les protegemos siempre, y si no, no tiene usted más que ver que hemos colocado á Mansi....

Los ingleses, con su insaciable ambición, acabarán por encender la ira en el pecho de todos los latinos.

Portugal es hoy víctima de la rapacidad británica, y hasta aquí llegan los ecos de la justísima indignación que se ha apoderado de nuestros vecinos.

También los portugueses que viven entre nosotros protestan indignados contra la conducta de la pérdida Albión.

Al café Inglés suele ir un joven luso apellidado Cardoso Barbosa, por parte de padre, y Guimaraes Raposo, por la de su madre; y da lástima verle estos días, cuando toma café, con la nariz metida en la taza y los ojos húmedos.

—¿Qué tiene usted?—le preguntaba yo ayer tarde.

—Estoy devorando la indignación aquí solito.

Después pidió media tostada y se la fué comiendo poco á poco con la mayor amargura.

—¡Mueran los ingleses!—dijo por último.

—¡Mueran!—contesté yo, acordándome de mi casero.

El portugués me pago con un abrazo aquel grito sublime y económico, y volvió á estrecharme contra su corazón, diciendo conmovido:

—Exterminemos á los ingleses.

Y yo le dije, sin poder contenerme:

—¡Ay, ojalá!

LUIS TABOADA.

ROMANCE CABALLERESCO

Hay en Toledo una calle
tan torcida y empinada,
que nadie, al entrar en ella,
sospechará dónde acaba.
Su anchura es tal que los gatos
del tejado de una casa,
dando un salto, á la de enfrente
cómodamente se pasan.
Parecen cosas inútiles
allí puertas y ventanas:
nadie á las unas se asoma
y nadie á las otras llama.
Entre las lustrosas piedras
desiguales y apretadas
crece el verde jaramago
con mil yerbecillas varias.
Yo sé la calleja triste
dónde está y cómo se llama;
pero el nombre, para el cuento
no hace maldita la falta.
Y es el cuento que una tarde
iba por ella una dama
tan airosa, tan esbelta,
tan garrida y tan galana,
que, aunque con espeso manto
cubre su talle y su cara,
lo que enseña, la hermosa
revela de lo que guarda;
y cualquiera bien nacido,
al ver lo apuesta que marcha,
la mano, instintivamente,
hasta el sombrero llevara.
Iba, pues, la dama airosa
distráida y descuidada,
como mujer que no teme
atrevidos ni aschantas,
cuando un galán que sin dadas
allí apercebido estaba,
acechándose resuelto,
de esta manera le habla:
—Gracias á Dios, que ya os traje
dónde yo pueda á mis anchas
plantaros el fuego oculto
en que mi pecho se abrasa.
Seis años há que esos ojos
traidoramente me matan,
seis años há me conocen

vuestras rejas y ventanas;
pero jamás se han abierto
para mitigar mis ansias,
ni en ellas jamás vi indicios
de alentar mis esperanzas.
Lo que sabéis por mis ojos
no os lo han dicho mis palabras,
que, de ofenderos miedosas,
en mis labios espiraban.
Mas hoy, á todo resuelto,
tras de paciencia tan larga,
habéis de oír mis amores,
protesternado á vuestras plantas.
—Dejadme, señor, el paso,
dijo la encubierta dama,
que no es bien que á un hombre,
oiga una mujer honrada. [solas,
—Habéis de oírme.

—No puedo.

—No habéis de seguir.

—Me aguardan.

—¿Quién os aguarda?

—Quién puede.

—¿Quién os da prisa?

—Mi fama.

Pero el galán atrevido
le toma una mano blanca,
é intilmente se empeña
la doncella en retirarla.
En esto, otro caballero
quá allí por suerte llegara,
así habló, puesta la mano
en el puño de la espada:
—No prestame de nobleza
el que, atrevido, se lanza
á dar á solas pesares
é inquietudes á una dama.
Así, saltada al momento
y dejad que libre vaya,
y si palabras no os vencen,
os vencerán cuchilladas.
Tras esto, sin más razones,
fueron con denuedo y rabia
por el aire las tizonas
y por el suelo las espas.
.....
En qué paró no se sabe

la pendeñca comentada,
ni si hubo muerto ni herido
al choque de las espadas;
pero se supo que, huyendo,
dijo afligida la dama:
—Mal haya el hombre importuno,
mil y mil veces mal haya,

que interrumpió atrevimientos
y lisonjeras palabras,
y mal hayan los galanes
que caballerosos andan
meñéndose intempestivos
en camisa de once varas!

JOSÉ ESTRÉMERA.

CANTARES

No me digas que has escrito;
dime que haces picecitas
como quien hace botillos.

—
¿Que cobrás buenos trimestres
con los timos del francés?
También cobraba Candela
hasta que dieron con él.

—
Anda, que tú no eres nadie,
que escribes en castellano
y no dices disparates.

—
Nace con su sino
cada criatura,
y la que nace para echarse al coro
ya no tiene cura.

—
Que has escrito un drama,
dicen los papeles,

y aunque lo diges, yo no lo he creído,
porque sé quién eres.

—
Todas son primeras partes,
y es verdad, pero conforme
por donde empiece á contarse.

—
¡Cuidado que hay escritores
y cómicos y toreros!
Es claro, como el alcalde
no coloca á los braceros...

—
¿Ocho duros nada más?
Esto me han dicho que cobras;
yo no sé lo que tendrás.

—
Eres un actor discreto,
porque no dices «persona,
satisfacción y menso».

EDUARDO DE PALACIO.

DE NUESTRO CORRESPONSAL.—EN LA CORTE CELESTIAL

15 de Enero.

El último suceso importante ocurrido en esta divina Sión ha sido la llegada á sus afueras del insigne artista español Julián Gayarre.

Y digo á sus afueras, porque el gran tenor, sin haber sido condenado á las penas que pedían para él algunos intransigentes é integristas (pues también por aquí tiene secuaces *El Siglo Futuro*), no ha hecho todavía su entrada triunfal en el emporio, y su situación es la de los antiguos catecúmenos.

Tan pronto como dieron la noticia de su partida de ese pica-ro mundo *La Ciudad de Dios* (diario que dirige San Agustín) y *La Correspondencia Celestial* (de cuya redacción, dicho sea de paso, acaba de separarse la venerable Sor María de Agreda), hubo extraordinario embullo—como dice Santa Rosa de Lima,— y al punto se dispusieron á recibirle espléndidamente todos nuestros *dilettanti*.

Para organizar la recepción nombróse una comisión compuesta de la bienaventurada Santa Cecilia, el santo rey David, á quien algunos irreverentes suelen llamar el *gachó del arpa*, y el caballo blanco de Santiago Apóstol; este último (el caballo blanco) en representación de la clase de empresarios teatrales.

Todo iba viento en popa; pero, por desgracia, nos han agua-do la fiesta los ángeles y serafines.

Ambas corporaciones pusieron el grito en la tierra (al revés del grito en el cielo, que dicen ustedes ahí abajo), y en un *meeting* de los más solemnes á que he asistido en mi larga carrera periodística, tomaron varios acuerdos que pueden compendiarse en esta gravísima intimación:

—Si Julián Gayarre entra en el cielo, nosotros presentamos nuestra dimisión en masa y dejamos de cantar.

Ante esta cuestión de etiqueta y el conflicto que traía aparejado (porque, además de su importancia artística, ángeles y serafines tienen extraordinaria influencia electoral), hubo de reunirse el Consejo de arcángeles—de ministros, como si dijéramos,— y el debate, según mis noticias, fué muy acalorado y un sí es no es contrario á la alta serenidad de estas regiones.

—Ese célebre tenor—diz que decía el arcángel Rafael—debe ir al infierno, porque con sus maravillosos cantos de amores y venganza ha hecho caer millares de almas en profanas tentaciones.

—También—diz que replicaba el arcángel Gabriel—ha elevado millares de espíritus hasta nuestras celestiales alturas.... Acuérdate, además, de que, estando enfermo en Nápoles, hizo voto de no volver á cantar hasta poder hacerlo ante la Virgen del Pilar, y Julián cumplió su voto.

—Sí; pero acuérdate tú también de que por su causa concluyó el Congreso católico de Madrid como el rosario de la Aurora. Se anunció que cantaría él en la última sesión, y hubo un tumulto que....

—Lo recuerdo, y no veo qué culpa puede tener Gayarre de

que la gente prefiriese oír á un tenor mejor que á veinte obispos.

—Fué por lo menos piedra de escándalo, y al purgatorio sí que ha de ir.

—El purgatorio es un lugar de penas, y Julián lo convertirá en lugar de delicias.... Las ánimas benditas no querrán moverse de allí.

—¡Hombre! Es verdad.

Según noticias de autorizado origen, el que lo ha arreglado todo ha sido el arcángel Miguel, gran amigo de los españoles, como lo prueba—si hemos de dar crédito á un soneto de Estébanez Calderón, tío de Cánovas—el hecho de haber regalado su fulmínea espada á Francisco Montes, cuando subió al cielo este famoso matador de toros.

El arreglo consiste en un expediente que se ha «incoado» ante los Tronos y Potestades, como se llama aquí al cuerpo que hace las veces del Consejo de Estado.

Mientras el caso se resuelve, el célebre artista aguardará.... en la portería del cielo.

Y como todo expediente es el cuento de nunca acabar, así en la tierra como en el cielo, pueden ustedes estar ciertos de que Julián Gayarre, si no en la gloria, está como en la gloria.

Ni podía ser de otra manera. La mitad de ella la ganó en ese mundo sublunar.

San Pedro, de puro contento con el huésped que le han depa-rado los consejeros responsables de Su Divina Majestad, está echando un pelo lucidísimo. Obsequia cuanto puede al temible rival de ángeles y serafines, y da en su honor unas *soirées* y algún que otro *five o'clock tea*, á que asiste lo más *capuchic* de los santos y santas de esta corte.

Se está preparando también en la celestial portería un concierto de beneficencia, y la demanda de papeletas es tal, que San Pedro ha tenido que sacar el cartelito de *No hay billetes*, ni más ni menos que ocurría en los teatros de la tierra cuando cantaba el incito navarro.

Por supuesto, que, también por acá hay revendedores, y sé de buena tinta que San Dimas, (a) *El Buen Ladrón*, anda en el ajo y está poniéndose las botas.

La cola que hay en la portería es tal, que pueden verla los madrileños desde el Campillo de las Vistillas, sitio destinado á esta clase de visiones sobrenaturales.

Y con esto concluyo, Sr. Director, De política, nada de nuevo; aparte del regreso de los Santos Reyes Magos de su expedición anual á ese planeta. Ogaño han vuelto SS. MM. Melchor, Gaspar y Baltasar muy disgustados. Ustedes sabrán por qué. Yo quise *interviewiarles*; pero no se dejaron. Solamente Baltasar, el rey negro, me recibió, cantando con música de *El último mono*:

*Aguanta interview, y calla,
si te hacen otro será peor;*

pero como el apreciable monarca es tan oscuro.... me quedé á oscuras.

Suyo afectísimo, *Querubín García*.

Por la copia,
MARIANO DE CAVIA.

LA VUELTA DEL MOLINO

Una tarde, de vuelta del molino,
adoade fineron á comprar harina,
encontré en mi camino,
sobre una barra blanca, á Ceferino
y, sobre un burro negro, á Catalina.
Ceferino era un mozo
alto, rollizo, guapetón, robusto,
y al verle daba gozo
y, más que gozo, gusto
á todas las muchachas de la aldea,
desde la más hermosa á la más fea;
y Catalina era una aldeana
fresca, robusta, alegre y campechana,
que inspiraba también igual deseo
desde el más guapetón hasta el más feo.

Llevaban ya dos horas
caminando entre abrojos y malezas,
y él venía diciéndola certezas
y frases seductoras
á sus formas, bastante tentadoras,
y á sus labios, igual que dos cerezas,
y á sus ojos, lo mismo que dos moras.
Cada vez que los chicos se miraban,
yo no sé qué palabras se daban,
pero los ojos de él se encandilaban
y las mejillas de ella se encendían,
y, entre tanto, la barra y el pollino
continaban tranquilos su camino,
mirándose los dos, como diciendo:

¡AL BAILE!

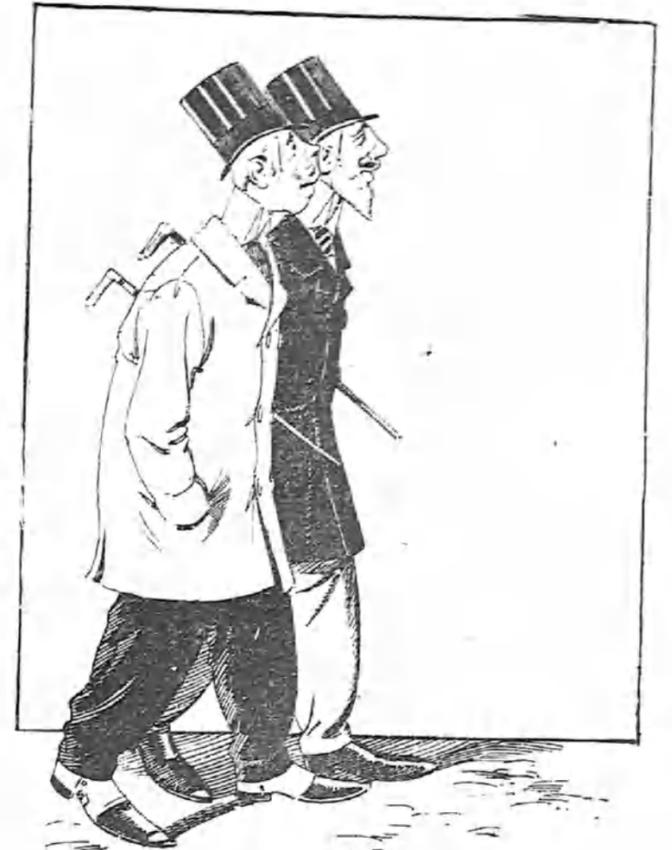


—¿Y cuántos vais al palco?
—Pues yo y ella y la madre de ella y el marido de ella.



—Dejad a los niños que vengan a mí.

Contra malévolo a los padres de familia.



—A mí me vuelven loco los bailes. Porque ó se conquistan mujeres. Ó bofetadas. Pero el caso es que siempre se conquista.



—Da mucha vergüenza ver á esos bailar tan apegaditus y tan... tarant...

En un momento por aquí.



Concurso de mantones jay! de Manila. (La de atrás es la bruja que los alquila.)

—¡Qué bonito papel vamos haciendo!
La barra, que ya estaba avergonzada,
le decía á su amigo y camarada:
—¡Por qué no los tiramos,
aunque luego se rompan el bautismo?
¡Qué dirían, si vieran nuestros amos
que nosotros hacíamos lo mismo?
Y el pollino á la barra le decía,
al ver excesos tales:
—¡Qué le vamos á hacer, amiga mía,
si nacimos los dos *tar animales!*
Yo, que tengo talento
y entiendo de conquistas y de amores,
no sé por qué presiento
que quedarán apearse algún momento,
con el pretexto de ponernos flores....
¡Pero te juro, como soy pollino,
que se quedan en medio del camino!

.....
No pude ver cómo acabó la cosa,
mas siempre acaba mal quien mal comienza,
y la que antes se muestra raborosa,
es la que antes renuncia á la vergüenza.

Al llegar á la aldea, ya vecina,
recorriendo al galope su camino,
¡ni el borrico llevaba á Catalina,
ni la barra llevaba á Ceferino!

FIACRO YRÁVZOR.

POESÍA AMOROSA

(PERO DE MALA ÍNDOLE)

Eres muy guapa, Clarilla;
tú no serás un dechado
de virtud pura y sencilla....
pero ¡andá! que á pantorrilla
no te gana el más pintado.

Lo cual, en una mujer,
representa una fortuna
y un manantial de placer.
Eso es lo que hay que tener,
y lo demás es tontuna.

No faltará quien te diga
que el alma, la educación,
el candor, que Dios bendiga,
son la sustancia, la miga
que alimenta la pasión.

Lo cual es una simpleza.
Yo soy todo un caballero,
y en cuestiones de belleza
me quedo con la corteza,
¡por la corteza me muerol!

¡Al diantre las pudorosas!
Fe, virtud, aire contrito....
¡Que se quiten esas cosas
ante las curvas graciosas
de tu cuerpo rebonito!

Eres tiple, según varios
cartelones; has tenido
éxitos extraordinarios.
¡Hasta dicen los diarios
que cantas! Yo lo he leído.

¡Ser tiple tú! ¡Ya están buenos
mentirosos los carteles!
En fin, eso es lo de menos.
Tú salvarás los estrenos,
aunque pierdas los papeles.

Con tus notas ametralías,
con tus frases apedreas,
pero te vistes de mallas,

sales á la escena, callas,
y entonces.... ¡bendita seas!
Y se comprende, Clarilla;
el público ama lo bello,
y aplaude tu pantorrilla
porque no hay una quintilla
más artística que aquello.

Todo el mundo está prendado
de la forma, de tal modo,
que es aforismo probado
que *en los negocios de Estado
la buena forma es el todo.*

¡Pues si el mundo se fija
en más que en la superficialie,
por un ojo de la cara
no hallarías quien gozara
del placer y la malicie!

A mí, que soy medianía,
como cualquier barrero,
lo que es profundo me basta;
creo que hasta en poesía
es la forma lo primero.

Porque, además, te respondo
de que los vates de *entrada*
que piensan mucho y muy hondo,
casi siempre, allá en el fondo,
ocultan una bobada.

El exterior nos domina,
y que te sirva de norma
que todo el mundo se inclina,
como yo, ante la divina
brutalidad de la forma.

Será el decoro un tesoro,
pero, Clarilla, es un hecho
que sin decoro te adoro....

¡Pues si tuvieras decoro
bueno la habíamos hecho!

SINISIO DELGADO.

PALIQUE

En un artículo de un sabio leo que Julio César tenía *fas napoleónica*.
¡fombre! En todo caso, sería Napoleón quien tendría *fas cesárea*.
Aunque no sea más que por rigorosa antigüedad.

Hablando de lo que sienten ó no sienten los republicanos con motivo
de la desgracia que afige, ó estuvo á punto de afigir, á una respetable
señora, dice el Sr. Pidal en *La Unión Católica*:

«En las almas republicanas.... se ha operado esa transformación por la
cual el hombre deja de ser hombre, para convertirse en bestia feroz y san-
guinaria....»

Bueno; pues traslado á los cinco señores concejales que el Sr. Pidal
dice en el Ayuntamiento de Oviedo, y que no quisieron asistir á las ro-
gativas por la salud del Rey.... porque están mal con el alcalde.

Por supuesto que esos señores no son sanguinarios. Ni feroces.

Nota.—Ya sé que MADRID CÓMICO no es político. Pero esto no es po-
lítica. Son habas contadas.

Por varios periódicos de provincias que suelen dar noticias de este gé-
nero, he sabido que hemos entrado en el año 1890.

Que es, como diría Bremon, *el último décimo que le queda....* al
siglo XIX.

Verdad es que Bremon extrairá la *ocurrencia* y seguiría comparando
el tiempo con la lotería, etc., etc. Yo, en punto á *facilias* y *marivaudages*,
para hablar la lengua de Cervantes, me limitaré á decir que si en este úl-
timo décimo no nos da el gorfo, ó la gorda, tendremos que jugar en la
próxima *extracción* al *siglo* de Necedal. Y entonces es seguro que nos cae
la lotería.

El genio es una enfermedad; ó lo que *no* es lo mismo, ¿para producir
arte es necesario, ó por lo menos conveniente, estar algo enfermo?

Esta cuestión, llamada á aparecer en alguna sección del Ateneo y á enge-
nir muchas tonterías á varios asiduos colaboradores de la bobada acadé-
mica, la trata con riqueza de datos mi amiga la Sra. Pardo Bazán en su
libro reciente *Al pie* (á los pies debía decir, porque tiene cuatro) *de la torre*
Eiffel.

Discutiendo con Goncourt (ya pareció Goncourt) la autora del *Viaje*
de novios, oyó á su amigo sostener «la extraña teoría» de que una persona
robusta no es capaz de sentir la calentura de la inspiración, y que para
crear algo artístico es necesario sentirse bastante enfermo. Á lo cual con-
testó fácilmente D.^a Emilia; y sin ir más lejos, se puso á sí misma por
ejemplo de lo contrario de lo que el otro (Edmundo) sostenía. Mi salud,
vino á decir la dama, es excelente.... luego.... La consecuencia no pudo
sacarla con todo rigor lógico D.^a Emilia, porque la otra premisa, es decir,
la mayor (por lo menos la más gorda), era muy peliaguda. Una de dos, ó
la Sra. Pardo renunciaba á demostrar, dejando mal prestó el pabellón na-
cional y el pabellón higiénico, que se podía estar inspirado y ser artista y
gozar de buena salud, ó tenía que confesar, hecha ya la apología de su
buen estómago, que ella también era pintor, también producía arte y tenía
calentura de inspiración. Eso era muy fuerte para su modestia, y lo único
que se atrevió á decir fué que ella en su tierra, aunque le estuviera mal el
decirto, tenía fama «de sorprender los destellos micrográficos y las irisa-
ciones imperceptibles de las cosas.» Como se ve, la Sra. Pardo sacrificó
la lógica á la modestia.

Goncourt pudo haber contestado:

—Pero, señora, una cosa es entender de diatomeas y manejar la quími-
ca del espectro.... y otra cosa lo que yo digo.... la inspiración.... el
arte....

Pero Goncourt, que estaba en su casa y sabe lo que son señoras, se con-
tentó con «anarcar las cejas y mover la cabeza, como diciendo: *Malgré*
tout!»

C'est comme ça, diré yo, hablando el mismo idioma que las cejas y la
cabeza de Goncourt.

Por lo demás, ó por casi todo lo demás, el libro de D.^a Emilia Pardo
sería, en mi opinión, divi-si encubriera más la llama.

Hay pocos españoles, en cierto respecto ninguno, que saquen tanto parti-
do como esta famosa polígrafa de los recursos de la lengua castellana
para hacerle decir cosa que nunca ha dicho.

Por lo mismo que escribe tan bien, y que toda obra suya tiene tanta re-
sonancia, debió fijarse un poco más en la exactitud de sus afirmaciones.
Sin salir de este capítulo de Goncourt (por donde he abierto ahora el
libro), me encuentro con noticias y calificativos que no se pueden admitir.
«En Francia, dice, puede notarse que si la popularidad de Goncourt es
inferior á la de Daudet y Zola, su influjo es mayor sobre los refinados, los
pensadores y los artistas.» Aunque por la forma de esta cláusula puede
dudarse si lo que dice es que Goncourt influye más sobre los refinados,
los pensadores y los artistas que sobre los demás, ó que influye más que
Zola y Daudet sobre los refinados, etc., esto último es lo que hay que en-
tender por lo que después viene. Y entonces hay que protestar. La afirma-
ción es, por lo menos, gratuita. De fijo para Taine, para Fouillée, para
Guyau (que en paz descanse), para cuantos pensadores franceses atiendan
ó atienden al arte literario, Zola, pare bien ó para mal, tenía ó tiene más
importancia que Goncourt, ó tanta por lo menos. Además, no hay para
qué mezclar en este punto á los refinados con los pensadores. «El gongori-
smo ó *deliquescencia* (?) de Goncourt, sigue D.^a Emilia diciendo, poco á
propósito para ser entendido por las muchedumbres, tiene que fascinar á
los enmorados de la forma.» Pero ¿los pensadores están enamorados de
eso? ¿Son los pensadores franceses de hoy decadentistas y simbolistas,
como usted da á entender?

Yo lo que D.^a Emilia, al tratar de tales asuntos, procuraría tener pre-
sentes, no á los lectores ignorantes que no distinguen gongorismos de
deliquescencias, sino á las personas que algo han leído y no se contentan
con tan poca exactitud.

Primeramente, lo de Goncourt no es gongorismo ni aun *traduciendo* la
palabra y la cosa; menos es deliquescencia (que no es lo mismo, ni con-
cien leguas, que gongorismo). ¿No sabe D.^a Emilia cómo y por qué surgió
en París ese apodo de los *Deliquescents*? Pues si lo sabe, sabrá que es ab-
surdamente llamar deliquesciente á Goncourt. «Flaubert, Baudelaire, Barbey
d'Anreilly y Goncourt son los maestros que hoy tienen fanáticos y ante
los cuales muestra época literaria quemar los extraños perfumes que arden
en el altar de los ídolos y los Budas estafalarios de Oriente.»

¡Señora, mire usted que escribe para occidentales y que por acá esta-
mos todos! Lo mismo que cita esos cuatro nombres, puede citar otra do-
cena, y tampoco habría exactitud, porque si se refiere á toda la literatura
moderna, vaya usted á enumerar sus ídolos y Budas estafalarios; y si
alude á las llamadas corrientes artísticas de París, lo mismo pudo decir

Stendhal, Balzac, Wagner, Verlaine, Villiers de l'Épie, Adam, Malarme... sabe Dios.

En fin, D.^a Emilia, que escribe usted demasiado de prisa, como lo prueba aquel gazapo inexplicable de colocar á Maine de Biran entre los autores de las «audaces especulaciones novísimas.»

Escribe usted de prisa y lee de prisa también, «Ayer, en un momento de vagar, leí la última novela de Bouget.» Claro, como quien lee el menú de la comida. Leyó usted *Le Disciple* de esa manera... y así salió ello. Va ve D.^a Emilia que yo le digo mi opinión con toda franqueza. Así creo pagar mejor los inmerecidos elogios con que me tiene confundido.

D.^a Emilia Pardo Bazán dijo en una ocasión que *Fray Cándid* era el *Clarín* de América. Eso es demasiado, señora. Porque, si bien se mira, vale tanto como decir que yo... vengo á ser el *Fray Cándid* de Europa.

Pues bien, á pesar de estos *bowlers*, que por lo hiperbólicos perjudican... pienso decir en adelante, y ya para largo, si Dios nos da vida y salud, todo lo que opino de D.^a Emilia, sin ocultar las censuras que me parezcan del caso.

Otro día volveremos á subir á la Torre.

Donde digo la torre, digo la torre, no digo la parra.

* * *

Un periodista ha oído en círculos autorizados que se iba á formar un gabinete de altura.

Muy bien hecho, porque solamente en alta mar es donde se pescan los peces gordos. Salvo error.

* * *

Á propósito. Se trata de que se entiendan «los economistas.»

¿Los economistas? ¿Quién son los economistas?

El Sr. Gamazo uno.

¿Gamazo un... economista!

Vamos, sí, un economista... *salmoneado*.

Ó yo he perdido la noción de la trucha.

CLARÍN.

CUENTO VIEJO

En un lugar de la Mancha de cuyo nombre Cervantes, yo no sé por qué motivo, no quería ni acordarse, vivió por el siglo doce, según pelos y señales que el autor ha recogido en archivos importantes, un señorón, el asombrero de los señores feudales por su castillo, sus siervos, su apostura y su coraje. Llegó un día á sus noticias (todo en el mundo se sabe) que un pechero de otro feudo de una manera alarmante se le parecía en todo, en los gestos y ademanes,

en la estatura, en la cara... vamos, que eran casi iguales. Hizo el señor que viniera el pechero en el instante. Vino, y el señor estuvo á pique de desmayarse. Era exacto el parecido. ¡Qué igualdad, Virgen del Carmen! El señor lo comprobaba con sus miradas... feudales. Una sospecha asaltóle, y preguntó sin ambages: «Dime, siervo, si recuerdas: ¿sabes si estuvo tu madre, hacia el año treinta y cinco, por aquestos andurriales?» «Oh, señor!—replicó el siervo— ¡Quien estuvo fué mi padre!»

ANTONIO MONTALBÁN.



—Me carga eso de que el camarero, al cobrarne, haga sonar la moneda.
—Hombre, es que bien pudiera ser falsa.
—Pues por eso precisamente.

Un corresponsal de París telegrafía dando cuenta de la fiesta del *Gil Blas*, y concluye de esta manera: «Véase allí á casi toda la colonia española y americana. Se balló frénéticamente.» Claro, hombre. ¡Los españoles y los americanos somos así, muy frénéuticos!

El doctor Pestaur ha averiguado, después de profundas meditaciones, que la temperatura no influye para nada en el dengue. Cosa que, después de verle aparecer simultáneamente en Fer y en Rusia, habíamos empezado á sospechar la mayor parte de los cristianos.

Yo tenía que dar á ustedes una noticia. Pero no sé cómo empezar. El caso es... (á ver si acierto) que hace pocas noches, en el Círculo

Artístico-Literario, empezaron á hablar de teatros y de obras varios caballeros... (¡No! No es esto lo que yo quería decir.)

Vaya, para salir del paso, lo mejor será copiar al pie de la letra el documento oficial.

Verán ustedes:

«Reunidos en el Círculo Artístico-Literario los señores que firman, se comprometen solemnemente á presentar concluidas el día primero de Marzo próximo las obras cuyos títulos se han sorteados en esta fecha, con el resultado siguiente:

Números	TÍTULOS	AUTORES
1	<i>El choleto</i>	D. Miguel Ramos Carrión.
2	<i>Bonitas están las leyes, ó la viuda del interfecto</i>	• Ricardo de la Vega. • Tomás Luceño.
3	<i>Amén</i> ..	• Vital Aza.
4	<i>Su Excelencia</i>	• Sinésio Delgado.
5	<i>La baraja francesa</i>	• F. Serrano de la Pedrosa.
6	<i>La pelota en el tejado</i>	• José Estremera.
7	<i>La torbeta blanca</i>	• Fernando Manzano.
8	<i>Las doce y media y serenas</i>	• Emilio Sánchez Pastor.
9	<i>Mangas y capirotes</i>	

Si en dicho día primero de Marzo, á las nueve en punto de la noche, no estuviesen terminadas todas las obras, será castigado cada uno de los morosos con la pena de pagar un almuerzo y una comida á todos sus compañeros de compromiso.

Firmamos la presente en Madrid á catorce de Enero de mil ochocientos noventa.—*Siguen las firmas de los nueve interesados.*

Se acordó además, aunque no consta en el acta, que se publicase la noticia en el MADRID COMICO, con los títulos de las obras y nombres y apellidos de los autores, para poner por medio de la publicidad una espuela en el amor propio.

En este mismo periódico se publicará también, en el primer número de Marzo, el resultado de los trabajos, con todos sus pelos y señales, para mayor ignominia de los perezosos.

Ya lo saben ustedes.

Libros:

El padre alcalde, sainete lírico en un acto, en verso y prosa, original de D. Mariano de Rojas y D. Miguel Jiménez Aquino, música del maestro San José, estrenado con gran éxito en el Teatro de la Zarzuela.

El galán de la gobernadora, novela de Andrés Theuriot, traducida por D. José de Siles y publicada por *La España Editorial*. Precio: 3 pesetas.

Los langostinos, juguete cómico en dos actos y en prosa, original de D. Fiacro Yrázoz y D. Fernando Manzano, estrenado con éxito extraordinario en el Teatro Lara.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Salaverrigoricotecha.—No puede negarse que esas cosas, así, sin gracia, se hacen muy fácilmente.

Cañazo.—¡Basta de grifet!

Cebolleta.—¡Basta de trancozo!

Hechuras.—No, señor, desgraciadamente, nada es aprovechable.

El Igorrote.—Decir que no sabe usted copiar las composiciones ajenas y enviarlas como originales, sería una calumnia, una verdadera calumnia.

Sr. D. M. H.—Madrid.—¡Basta de *influenza*!

Tontónico.—No está mal del todo, pero la verdad es que sonetos formales....

Mamarracho.—Con un poco más de cuidado hubieran salido bien entrambas.

Rodaballo.—El romance es como un junco, largo y endeble. Hay los números que indica.

Sr. D. A. G.—Madrid.—Es lástima que sean vulgares.

Sr. D. A. M.—Montilla.—Se recibió su carta.

Sr. D. R. G.—Barcelona.—Tengo la idea de que rectificó oportunamente el periódico aludido.

Sr. D. R. A.—Madrid.—Poquita cosa y mediana.

Sr. D. L. L.—Madrid.—¡Cielos! ¡Calcos de Cilla y *Mecachis*!

Sr. D. A. H.—Madrid.—Cuantos versos se escriban en la vida han de tener su ritmo y su medida.

Cañanquito.—Se conoce que todavía hay quien está para bromitas.

El Nipia.—Mucho temo que eso no sea de usted, porque el hombre que escribe allí sin á no puede hacer un soneto, ni mediano siquiera.

X. X.—Llegó la libranza.

El Doctor Vidales.—«Pues señor, es una guasa lo que es voy á contar que no se puede aguantar porque de la raya pasa.»

Si, señor, sí, efectivamente, de la raya pasa. Pero yo no paso más adelante.

Trompetón.—¡Por los clavos de Cristo! ¡No más imitaciones de Zúñiga! Sr. D. M. P.—Utrera.—Hay pocas cosas más cursis que dedicar sonetos á la muerte de un hombre notable.

F. Pinillos.—Eso tiene cierto saborcito clásico que lo hace sospechoso.

Escorpión.—Digo exactamente lo mismo. ¡Mire usted qué casualidad!

Sr. D. C. V.—Sevilla.—La contestación á *Trompetón* le sirve á usted que ni pintada.

Fernán-Pelo.—Vuelva usted á leer lo de *Trompetón*.

NOTA. La circunstancia de haberse publicado tres números sin esta sección, contra nuestra voluntad, ha hecho que se aglomeren de tal modo las composiciones, que es imposible contestar. Pero ¡ay! no sirve ninguna.

MADRID: «Eco».—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, calle de la Libertad, núm. 25.—Teléfono 234.

EN EL RASTRO



Este Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
fué en un tiempo hambbrero de señora. ...

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 26.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Esquilacal, 4, primera izquierda.

Teléfono n.º 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE GINEBIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.